

¿POR QUE NOS PONEN BOMBAS?

Es la quinta o la sexta bomba que en menos de un año manos criminales han colocado en nuestra Universidad. El fenómeno es ya de por sí llamativo, pero lo es más por cuanto no es usual que esto ocurra dentro de los recintos universitarios. Alguien debe sentirse muy enloquecido para reiterar unos ataques, que no pueden lograr sino una mayor cohesión de la comunidad universitaria. Sólo enemigos de la misión de la Universidad, aquellos que sólo ven lo malo que puede haber en ella y que por tanto tienen el alma negra, aunque la marca de sus tintas sea diferente —¿o no lo es?—, pueden empecinarse en acciones como éstas.

Preguntémosnos, entonces, ¿por qué nos ponen bombas? La respuesta adecuada a esta pregunta puede enseñarnos mucho sobre lo que es la Universidad y lo que está realizando en el país.

Porque es a la Universidad, es a la UCA y contra la UCA, contra quien se ponen las bombas. Unos supuestos miembros de una supuesta "Unión Guerrera Blanca" afirman que las han puesto contra los jesuitas, que son comunistas, según ellos. Pero es claro que las bombas están puestas no contra la Universidad sin más, ni contra un grupo de la Universidad, sino contra esta Universidad y contra lo que hace como Universidad distinta. Las ponen contra lo que la UCA representa en El Salvador. No ponen bombas contra los frentes y asociaciones estudiantiles, ni contra facultades, carreras o departamentos. Las ponen contra la Universidad como un todo. ¿Por qué será?

La respuesta es clara. La UCA tiene una trayectoria limpia y patente. Ha dicho lo que pretende y se ha puesto a realizarlo. Ha demostrado que con muy pocos recursos se puede ser eficiente; ha demostrado que es capaz de suscitar mística y sacrificio. Ha demostrado efectividad, autonomía frente al capital, frente al Gobierno, frente a los partidos políticos, frente a todo grupo de presión. Ha demostrado valentía y sacrificio, riesgo universitario sin pretender hacer demagogias ni de derechas ni de izquierdas. Ha hecho trabajo universitario y sin dejar de hacerlo se ha constituido en una fuerza social del país. Y esto es lo que disgusta a muchos. Que lo imposible se vaya haciendo poco a poco posible, que se esté construyendo una Universidad distinta donde no quepan los agitadores universitarios pero sí tengan cabida los universitarios políticos. Y universitario político frente al agitador universitario es aquél que respetando la autonomía universitaria, esto es, no recibiendo consignas de nadie ni poniéndose al servicio de ningún grupo político, económico, religioso, etc., se dedica a poner su saber al servicio del pueblo salvadoreño.





Y es lo que debe quedar claro. Nos colocan bombas por ponemos pacientemente, obstinadamente, universitariamente al servicio de un pueblo que está iniciando el camino de su liberación. Porque la Universidad analiza las causas que lo oprimen, los factores estructurales o coyunturales que impiden su libertad. Son análisis científicos, que no se quedan engavetados sino que los sacamos a la luz en orden a denunciar lo que está malo y en orden a formar una conciencia colectiva, que acelere la marcha de las mayorías populares hacia su libertad. No hacemos demagogia sino ciencia, no hacemos culturalismo sino cultivo de la realidad nacional; no predicamos el odio sino la justicia. Los que se sienten denunciados, los que no toleran que el saber no quede sometido a sus órdenes, los que no quieren un nuevo tipo de Universidad que supere modelos trasnochados e inoperantes, son los que se empeñan en destruir la obra física de la Universidad y los que buscan atemorizar personas.

Estamos seguros que no es el pueblo ni los legítimos representantes del pueblo los que nos ponen bombas. Nuestras soluciones tal vez no hayan sido siempre completamente acertadas y sus apariencias no siempre han sido de fácil captación, pero de lo que no puede haber duda es de por quién hemos tomado partido, en aquellos puntos que son opcionales y no están predeterminados por las estructuras sociales del país.

¿Quiénes son, entonces, los que nos ponen las bombas? ¿Quiénes son los que están tras la fachada de esa agrupación fantasmal? ¿Quiénes son los que se dedican al criminal oficio de ahogar el pensamiento y de reprimir la libertad, a la antipatriótica tarea de impedir que el pueblo salvadoreño sepa lo que le está pasando y vaya teniendo elementos nuevos para saber y poder hacer lo que tiene que hacer?

Por lo pronto tienen que ser quienes no son capaces de combatir universitariamente las posiciones analíticas de la Universidad; los que no tienen ni la capacidad técnica ni la respetabilidad ética para demostrar que las publicaciones de la Universidad son falsas, son tendenciosas o no buscan el bienestar del país. Son los que no tienen razón y están tan errados que ni siquiera pueden encontrar quien, a sueldo, defienda sus sinrazones. Son los que no tienen razón y porque no la tienen no pueden encontrar razones. Si las tuvieran no les faltarían recursos y lugares para mostrar en dónde radica nuestra equivocación, para decirle al público donde residen nuestros errores y donde aparece nuestra mala voluntad.

Tienen que ser asimismo los que están habituados al manejo de explosivos y tienen asegurada su impunidad. Son ya muchas bombas en un mismo año sin que se haya podido castigar a los responsables. No es una situación que depende de voluntades personales. Es una situación estructural, que tiene por resultado conductas antisociales como las de poner explosivos. Desgraciadamente en nuestro país ni es difícil convertirse en terrorista ni es difícil escapar al castigo que merecen los delitos. Si esto pasa en Irlanda del Norte, si pasa en Argentina, si pasa en tantos otros lugares con recursos mayores que los nuestros, también puede pasar entre nosotros y con mayor impunidad. Es éste un hecho que debe ser debidamente considerado por quienes con toda facilidad recurren a la violencia injusta para lograr sus propósitos. ¿No se dan cuenta de que están entrando por un camino que no tiene salida? ¿No podemos aprender en carne ajena a no cometer errores fatales? Tal vez es demasiado perder a quienes no tienen capacidad de análisis que se den cuenta, que prevean lo que no es solución ni puede ser solución, dada la situación social del país y dado el contexto geográfico en que nos encontramos. Pero todo lo que se haga —y hay mucho que hacer por parte de todos— para evitar la vía de la violencia injusta, será poco.

Si las bombas se ponen contra esta Universidad distinta, que rechaza la violencia, la injusticia y el partidismo y que busca un rápido cambio de las estructuras del país, y las ponen quienes no buscan el interés verdadero del país sino la defensa de sus intereses privilegiados y/o su modo de defender sus propias posiciones interesadas, es fácil de concluir por qué las ponen.

Las ponen porque la Universidad representa un peligro de primer orden contra quienes viven al margen de la razón y de la justicia y representa, en el otro extremo, un apoyo de importancia para que las mayorías oprimidas vayan creciendo en conciencia de su necesidad histórica y en posibilidad de autodefinir su destino histórico.

No todos ven en nuestra Universidad su aporte real y sus posibilidades futuras para un profundo cambio social del país. A las derechas reaccionarias y recalcitrantes les parece que estamos promoviendo el caos político; a las izquierdas les parece que estamos retardando la marcha de la revolución o que no queremos convertir la Universidad en una pura agudización de las contradicciones. Ni unos ni otros acaban de ver cuál es el aporte de la Universidad como factor político al proceso de El Salvador. No necesitamos analistas advenedizos para ver que la Universidad tiene un carácter de reforzamiento de las estructuras a través de la producción de profesionales; es un punto en que esta Universidad ha estado clara desde sus comienzos. Hemos explicado mil y una veces como se puede sacar partido de las contradicciones verdaderas —y no de las ilusorias— que encierra nuestra Universidad. Es, por otra parte, difícil hacer entender a quien no quiere entender que la justicia, la libertad y la paz del país tienen



que pasar por grandes sacrificios y que una parte de estos sacrificios les toca a los más privilegiados.

Pero para los que no quieren ver este aporte real de la Universidad, estas bombas se lo pueden recordar. Estas bombas deben recordar a todos los hombres de buena voluntad y no cegados por pasiones o intereses que nuestro compromiso es serio; deben recordar a los componentes de la Universidad que su compromiso y su trabajo merecen la pena, que su labor se hace sentir en el país, que la misión a la que han entregado sus vidas tiene graves riesgos, pero que vale, que merece la pena.

Entre quienes han venido a manifestar su solidaridad con la Universidad, dos posturas nos han llamado la atención. Una, la de un Decano de la Universidad, que con su despacho destrozado y en el que no estaba presente por providencial coincidencia, todavía aseguraba que lo que estas bombas están diciendo es que debemos seguir adelante, que la línea de servicio al pueblo adoptada por nosotros es la buena. Otra, la de un sacerdote que veía en la bomba una prueba de fidelidad al mensaje cristiano, que exige un compromiso total con los más oprimidos: Las dos posiciones dicen lo mismo con distintas palabras. Por eso, a los que nos tildan de comunistas tenemos que decirles que no lo somos, pero que la inspiración cristiana exige un comportamiento en favor de los más necesitados, que no es menos serio que el de otros movimientos, aunque sea un compromiso, cuyos medios no pueden ser cualesquiera. Y a los que nos tildan de servidores del sistema, tenemos que decirles que superen sus esquemas miopes, importados, y traten de ver lo que está gritando la realidad, más allá de personalismos interesados o de aventurerismos juveniles.

Nos ponen bombas, en definitiva, por nuestra proyección social en favor del pueblo salvadoreño. ■